

« camino..... Si pensasen en ello seriamente,
 « verian.... que nada es mas á propósito para
 « atraerles el menosprecio y la aversion de los
 « hombres, y hacerles pasar por personas sin
 « talento y sin juicio. Y en efecto, si se les pide
 « cuenta de sus sentimientos, y de las razones
 « que tienen para dudar de la Religion, dirán
 « cosas tan débiles, tan triviales, que mas bien
 « persuadirán lo contrario. Esto es lo que les
 « dijo un día muy al caso cierta persona. Si con-
 « tinuais discurriendo de este modo, les decia,
 « en verdad que me convertiréis. Y tenia razon ;
 « porque ¿quién no se horrorizaria de convenir
 « en sentimientos y opiniones con personas tan
 « despreciables ?

« Asi aquellos que fingen estos sentimientos
 « son muy desgraciados, violentando su natural
 « para hacerse los hombres mas impertinentes.
 « Si les duele en el corazon de no tener mas lu-
 « ces, que no lo disimulen. Esta declaracion no
 « debe ser vergonzosa. Solo hay vergüenza en
 « no tenerla. Nada prueba mas una debilidad
 « extraordinaria de talento, que no conocer cual
 « es la desgracia de un hombre que no cree en

« Dios. Abandonen pues estas impiedades á
 « aquellos que son tan mal nacidos que son ver-
 « daderamente capaces de ellas ; sean al menos
 « hombres de bien, si no pueden todavia ser cris-
 « tianos ; y en fin conozcan que no hay mas que
 « dos clases de personas que puedan llamarse
 « racionales : ó aquellos que sirven á Dios de
 « todo su corazon ; porque le conocen, ó los que
 « le buscan de todo su corazon, porque todavia
 « no le conocen . »

La mayor parte de los indiferentes no permanecen tales sino porque se figuran mostrar una superioridad gloriosa de razon, menospreciando á la ventura las opiniones y sentimientos vulgares. Se avergonzarian de tener algo de comun con el pueblo, aun la esperanza ; y he aquí lo que les impide examinar los fundamentos de su fe. Pero, es necesario confesarlo : ¡ Cuán miserable es la vanidad que se alimenta de la ignorancia ! Tanto los defensores de la Religion, como sus enemigos están de acuerdo sobre su importancia. Es tan evidente este punto que

ningun incrédulo dogmático lo disputa. ¿En qué pues, aquel que no tiene mas ciencia que un insensato *¡qué me importa!* podrá ser superior al cristiano, cuya creencia, determinada por pruebas positivas, se apoya en un conjunto de hechos y consideraciones, que para ser comprendidas exigen al menos aplicacion, talento y el trabajo de reflexionar?

Sea lo que fuere, el indiferente, tan incapaz de negar cosa alguna como de afirmarla, se duerme entre estas dos dudas: es posible que la Religion sea verdadera; es posible que sea falsa. Despues de haber formado estas dos proposiciones contrarias, su poderosa razon, en vez de deducir las consecuencias y pesar su valor, se para y reposa en la dulce contemplacion de su fuerza y grandeza.

Podrian desde luego advertir que, aun antes de toda discusion y exámen, estas dos proposiciones generales no ofrecen, ni en mucho, el mismo grado de verosimilitud. Porque no hay persona que no vea que, si la Religion cristiana fuese falsa, su existencia prolongada por diez y ocho siglos, la victoria que ha conseguido sobre

las opiniones, las costumbres, las leyes, las pasiones, los hábitos y usos de tantos pueblos diversos y rivales, el imperio que no ha dejado de ejercer sobre los talentos mas penetrantes y las cabezas mas reflexivas, seria el fenómeno moral mas extraordinario é inexplicable que jamas pudo verse ni oirse. Error en efecto maravilloso, que no seduce menos una razon fria y severa, que una alma sensible y las imaginaciones mas ardientes; que se apodera del hombre y de todos los hombres, combatiendo sin cesar sus apetitos, error que favorece y apresura los progresos de la verdad en todos los ramos de los conocimientos humanos; error del cual nacen virtudes innumerables, hasta entonces desconocidas; error en fin que sucediendo á las especulaciones tan celebradas y sin embargo tan estériles de la filosofia antigua, y propagándose súbitamente por todo el universo conocido, y en el siglo mas ilustrado, rectifica todas las ideas recibidas, purifica todos los principios, perfecciona los métodos del raciocinio, crea, y no digo mucho, las ciencias intelectuales y fisicas, logra abolir todas las preocupaciones enemigas

del hombre, santifica las costumbres y suaviza las leyes, une los pueblos con vínculos sagrados, pone el amor donde no habia mas que odio, protege á un tiempo al poderoso y al flaco, el gobierno y el súbdito, tempera la dominacion, afirma la obediencia, y produce por su efecto propio y necesario, la perfeccion del órden social.

Con todo, yo permito que se tenga por igualmente dudosas, la falsedad de la Religion cristiana y su verdad. No tengo necesidad para demostrar con evidencia la locura de los indiferentes, mas que de sus propias máximas, y me basta desenvolver esta proposicion que ellos admiten: es posible que la Religion sea verdadera; porque esta sola proposicion encierra todas las siguientes:

Es posible que haya un Dios remunerador y vengador.

Es posible que mi alma sea inmortal.

Es posible que el soberano Ser haya revelado á los hombres verdades que no pueden comprender perfectamente aquí abajo, y les haya impuesto obligaciones, cuya razon no perciben claramente.

Es posible que yo esté obligado rigorosamente á creer estas verdades, y á practicar estas obligaciones.

Es posible que si yo creo y obro, goce de una felicidad infinita y eterna, por premio de mi obediencia.

Es posible finalmente, que si me niego á obrar y creer, sea eternamente castigado con suplicios horrosos.

No, no temo afirmar que, permanecer voluntariamente en esta duda terrible, complacerse en ella, desechar la esperanza de una felicidad infinita, y entregarse de propósito y con conocimiento (si la Religion es verdadera como se confiesa puede serlo) á unos tormentos, cuya idea sola hiela de horror la imaginacion; es un delirio inexplicable; una demencia, un furor que no tiene nombre. Porque, aun suponiendo nuestros intereses presentes en contradiccion con los futuros, y la necesidad de sacrificar unos ú otros, todavía no se deberia, obrando prudentemente, dudar en la eleccion. Obsérvese que se presentan aquí la eternidad por un lado, y por el otro un momento apenas perceptible,

una sombra, menos que esto, *el sueño de una sombra*, dice Pindaro.

Cuando pues esta vida fugitiva no fuese, para el hombre religioso, mas que un padecer continuo, y para el indiferente un placer sin mezcla de disgusto; aquel sufrimiento pasajero, este placer que huye, no podrian balancear un instante á los ojos de la razon, la consideracion poderosa de la eternidad. Cualquiera que, antes que perder un deleite pasajero, prefiere exponerse á ser desgraciado para siempre, merece serlo, y no tiene derecho mas que al menosprecio que inspira toda pasion ciega y brutal.

Cuando se considera desde una cierta altura, los objetos en que se ejercita de ordinario la actividad del espíritu humano, asombra la estrechez del círculo en que voluntariamente se encierra, y que tan poca cosa pueda divertir su curiosi-

Ἐπάμεροι, τί δέ τις; τί δ' οὐτίς;

Σκῆλας ἕναρ ἀνθρώποι.

PINDAR. *Pyth.* VIII, *epod.* v.

El autor del *Methnevi*, poema persiano, llama este mundo *Fantasma de un sueño*; es con corta diferencia lo que dice Pindaro.

dad, y burlar el deseo infinito de conocer que le devora. No sé, haya cosa alguna que mas haga conocer la miseria del hombre, que esta facilidad asombrosa de contentarse y pagarse de algunas distracciones frívolas, teniendo una capacidad inmensa para la verdad. El la ama naturalmente; un instinto irresistible le obliga á buscarla sin descanso: ella es su fin, su reposo y su felicidad; y nada hay con todo eso que pueda hacer sus veces. Yo no hablo ni del pobre pueblo sumergido en los trabajos del cuerpo, ni del rico que se agita en el vacío de los placeres: hablo sí de aquellos que recibieron del cielo además de los sentimientos nobles una condicion independiente. ¿Qué pensais que ocupa habitualmente su pensamiento? ¿El ser eterno, las leyes inmutables que ha establecido? ¡Ay! No; ellos pasarán su vida en combinar palabras, en estudiar las relaciones de los números, las propiedades de la materia; nada mas se necesita para saciar y satisfacer estas inteligencias poderosas. ¿A qué hablar de Dios á este sabio que llena el mundo con la fama de su nombre? ¿Cómo quereis que os escuche? ¿No veis que en este instante tiene

todo su talento ocupado en la descomposicion de una sal que hasta ahora ha resistido al análisis? Esperad á que haya hecho conocer al universo un nuevo ácido: entonces tal vez se os concederá hablarle del Ser infinito que ha creado, como jugando, el universo y cuanto en él se contiene. Este otro compone una historia, un poema, una pieza de teatro, una novela ú romance, de lo cual se figura que depende su gloria: no le turbeis, es preciso que se apresure, porque la muerte se acerca; ¡y qué dolor tan sin consuelo no sería, si llegase antes de haber dado la última mano á su reputacion! Es verdad que no conoce su propia naturaleza, el lugar que ocupa en el órden de los seres, su destino futuro, lo que puede esperar ni lo que debe temer; no sabe si hay un Dios, una verdadera Religion, un Cielo, un infierno; mas ya ha mucho tiempo que tomó su partido sobre todas estas cosas; no se inquieta, ni piensa en ellas; dice, esto no está claro; y partiendo de este principio, obra como si fuese evidente que estos dogmas no son mas que desvarios.

Si pudiésemos librarnos del infierno, no pen-

sando en él; encontraria yo una razon á esta indolencia prodigiosa. Mas por el contrario, no pensar en él, es el camino mas seguro para ir en derechura. Este es el mismo delito que Dios castiga allí y con mucha justicia, apartar el espíritu de la verdad y ser indiferente para con ella; porque si bien se mira, se verá que esta pretendida indiferencia no es en el fondo mas que odio.

En esto apelo sin temor á la experiencia general, apelo á la conciencia misma del indiferente: ¿no es verdad que siente una repugnancia extrema hácia todo lo que le recuerda la Religion, sus amenazas y promesas? ¿No es verdad que interiormente quisiera fuese falsa? ¿No es verdad que siempre ha huido la ocasion de instruirse, por un secreto temor de verse convencido ú al menos turbado por las pruebas numerosas en que ella se apoya? ¿No es verdad que se contrista é irrita siempre que, en una de estas disputas que no se pueden evitar en todas ocasiones, se presenta en favor del Cristianismo, un argumento, al cual nada puede replicar que sea digno de atencion? ¿No es verdad que por el contrario,

las objeciones que se oponen contra aquel, le regocijan, y tanto mas vivamente, quanto mas embarazosas y fuertes aparezcan? ¿Y qué otra cosa es todo esto, mas que odio á la verdad, y por consiguiente odio á Dios, que es la verdad suprema? ¿Hay pues motivo para sorprenderse de que el Señor aleje de sí á los que le aborrecen? ¿Qué otra suerte podian prometerse estos desventurados?

No se debe buscar la causa de una disposicion tan deplorable, en otra parte que en el orgullo y en la corrupcion del corazon. El hombre aborrece toda sujecion, y la Religion enfrena todos sus apetitos. Cansado de su austero yugo, trata de romperle ú al menos de huirle el cuerpo. Amontona al rededor suyo distracciones, se aturde, se embriaga en placeres y sofismas, para sofocar con menos remordimiento la verdad que le importuna; al modo que un asesino, nuevo en su profesion, se embriaga antes de cometer el homicidio. Su indiferencia para con los dogmas nace de su aversion á las obligaciones; si no temiese estas, admitiria gustosamente aquellos; pero sabiendo que no se puede sepa-

rar la regla de la fe de la de las costumbres, busca la independenciam de las acciones en la de los pensamientos. Desea dudar y duda; quiere á todo precio no creer, y su razon trabaja incesantemente en aniquilarse á si misma: lo que es un verdadero suicidio moral, mil veces mas criminal que el que solo destruye el cuerpo.

Que el bruto, privado de reflexion, viva y muera sin inquietarse por lo futuro, nada tiene de extraño; porque esta indolencia es condicion suya natural y necesaria. Mas lo que confunde y asombra, é inspira tal horror que no quedan palabras para expresar tan profunda degradacion, es, ver al hombre, dotado de facultades incomparablemente mas nobles, capaz de elevarse á la idea de Dios y abrazar lo infinito con su pensamiento, sus deseos y esperanzas, precipitarse de esta altura á la condicion vil de las bestias, imitarlas no conociendo como ellas mas que necesidades y apetitos, y envidiarlas hasta la nada en que han de caer, renunciando á la herencia inmortal que le señaló el Criador.

La indiferencia ciega pues, es, sin contra-

dicción, el estado de mas envilecimiento en que una criatura racional puede caer. El único caso en que el hombre prudente podria permanecer indiferente sobre la Religion, seria aquel en que no tuviesemos ningun interes en saber si era verdadera ó falsa, ni medio de asegurarnos. En otros términos, es necesario, como observa M. de Bonald, que los indiferentes supongan, « que no hay en la Religion, considerada en general y en todas sus diferencias, ni verdadero ni falso; ó que si lo hay en la Religion como en cualquiera otra cosa, el hombre no tiene medio alguno para distinguirlos, ó que en fin la Religion, sea verdadera, sea falsa, es igualmente indiferente al hombre.

« La suposicion, » continúa el mismo autor, « de que todas las religiones son indiferentes, no se puede sostener en buena filosofia. No hay filosofia sin un primer principio, causa de todos los efectos físicos y morales; así como no puede haber aritmética sin una primera *unidad*, madre de todos los números; ni geometría sin un primer *punto*, del que nacen líneas, superficies y sólidos. ¿Y cómo es posible suponer

« que no hay verdadero ni falso en religiones opuestas entre sí, pero que sin embargo son en todo la relacion verdadera ó falsa de Dios al hombre y del hombre á su semejante, la razon del poder, la regla del deber, la sancion de las leyes, la base de la sociedad, cuanto hay verdadero y falso en todo cuanto los hombres tocan con su razon ó sus pasiones; cuando hay verdadero y falso en todo, aun *en la ópera*, y hasta en los objetos mas frivolos de nuestros conocimientos y de nuestros deleites? ¿Y si hay verdadero y falso, orden y desorden en las diferentes religiones consideradas en general, es posible suponer en buena filosofia que aquel Ser, que es la inteligencia y la verdad suprema háya rehusado á los hombres, que son tambien seres inteligentes, capaces de conocer y elegir, de amar y aborrecer, todo medio de distinguir lo verdadero de lo falso en las relaciones que tienen con él? Entonces, ¿para qué les habria dado este ardor desmedido de conocer, y les habria permitido descubrir las relaciones que tienen hasta con las cosas insensibles? Y si el hombre puede distinguir el

« bien y el mal en las diversas religiones, ¿cómo se ha de suponer que pueda quedar indiferente á la verdad y al error aquel que no debe serlo en cosa alguna, y en quien la indiferencia es el carácter mas marcado de la estupidez? »

Estas cortas observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido en Europa despues de Malebranche, hacen ya ver muy claramente lo absurdo que son los únicos principios en que pueda fundarse la indiferencia de religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un exámen riguroso y por partes, esperamos dejar sin excusa alguna, á la credulidad que los adopta y á la mala fe que finge adoptarlos. Para esto ni aun necesitamos de talento: el arte es algunas veces necesario para revestir el error de las apariencias de la verdad; pero ¿se quiere restituir á esta su resplandor? Basta apartar el velo con que pretendian cubrirla.

Para que el lector siga cómodamente y con fa-

¹ *Sur la Tolérance des Opinions, par M. de Bonald. Spectateur français au XIX^e siècle, tom. IV, pág. 72, 75.*

cilidad la discusion, conviene tenga de antemano una idea clara y distinta, que conozca el fin á que se dirige, y la senda que le ha de llevar á él. He aquí en pocas palabras, lo que nos proponemos establecer, y el orden con que lo estableceremos.

Se dice que la Religion, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre, y nosotros probaremos que, supuesta la existencia de una Religion verdadera, esta Religion es de infinita importancia para el hombre, ya sea considerado individualmente, ya sea en sociedad con sus semejantes y con Dios: de donde se sigue que hay un interes infinito en cerciorarse si hay en efecto una verdadera Religion, y por consiguiente hay, ó es, infinita locura mantenerse con respecto á esto en la indiferencia. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religion conocida, supondremos además, que el Cristianismo es esta Religion verdadera, cuya importancia se pretende mostrar.

Se dice que todas las religiones son indiferentes en sí mismas; y nosotros probaremos que ninguna

religion es indiferente en sí, ó que en toda religion hay bien ó mal, verdad ó error; que existe ó hay necesariamente una Religion verdadera, es decir, una Religion de una verdad ó de una bondad absoluta, y que no hay mas que una sola, de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible reconocerla,

Se dice que, si existe una Religion verdadera, no tiene el hombre medio alguno para discernirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todos tiempos, los hombres han tenido un medio fácil y seguro de reconocer la Religion verdadera, de lo que resulta que la indiferencia no solo es un estado contrario á la razon, sino tambien criminal.

Cada uno sin duda quedará constituido juez, para decidir por sí, de la fuerza de las pruebas que vamos á desenvolver y aclarar. A nadie disputamos este derecho natural. Mas cualquiera que rehusase examinar los fundamentos de la indiferencia, no podria contarse entre los indiferentes dogmáticos. Se colocaria, por solo esto, en el número de aquellos insensatos quienes, queriendo á todo trance confundir los terrores de

la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar cara á cara la verdad, y se forman contra ella un triste baluarte de tinieblas, débil defensa para los remordimientos.